

Mar

1 Ene

Homilía de Santa María, Madre de Dios

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón ”

Introducción

Como primera lectura, la liturgia nos invita a meditar la fórmula empleada por los antiguos israelitas para bendecir a los suyos. María es hija del Pueblo de Israel y sobre ella recayó físicamente esta bendición cuando, por obra del Espíritu Santo, concibió al Hijo de Dios.

El Salmo sigue este mismo tema. En él resuenan ciertos elementos que nos recuerdan un poco el canto del Magnificat, de tal forma que, orado dentro de esta Solemnidad, nos mueve a imaginar que está dirigido, en cierto modo, a la Virgen María.

En la segunda lectura, san Pablo toma la palabra para decirnos que nuestro Salvador nació de una mujer para rescatarnos de la Ley y hacernos hijos y herederos de Dios Padre.

Y en la lectura del Evangelio escuchamos la segunda mitad del pasaje del nacimiento del Salvador en la que se nos narra, primero, cómo vivieron los pastores dicho acontecimiento y, después, el rito de la circuncisión del Señor, en el que se le pone por nombre «Jesús».



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 6, 22-27

El Señor habló a Moisés: «Di a Aarón y a sus hijos, esta es la fórmula con la que bendeciréis a los hijos de Israel: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre tu rostro y te conceda la paz”. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré».

Salmo

Salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8 R/. Que Dios tenga piedad y nos bendiga

Que Dios tenga piedad nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. R/. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia y gobiernas las naciones de la tierra. R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que Dios nos bendiga; que le teman todos los confines de la tierra. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 4, 4-7

Hermanos: Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: «¡“Abba”, Padre!» . Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo hacia Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Pautas para la homilía

Como es bien sabido, en todo nacimiento humano intervienen directamente dos personas: la madre y el hijo –o la hija–. Por eso, cuando celebramos nuestro cumpleaños, esta fiesta también es de nuestra madre. Si hemos nacido es en buena medida gracias a ella, pues no olvidemos que hemos nacido de ella. Nos gestó en sus entrañas y de ellas salimos para entrar en el mundo, como seres absolutamente indefensos y necesitados.

Obviamente que la figura del padre es imprescindible para la gestación del hijo... pero es que sin la madre no hay nacimiento.

Todo esto nos ayuda a comprender por qué la Iglesia concluye la Octava de Navidad dedicándole una Solemnidad a la que, por gracia de Dios, hizo posible el nacimiento de nuestro Salvador. Efectivamente, María es, junto a su Hijo, la gran protagonista de la Navidad. San José también está muy presente, pero su valor consiste precisamente en saber estar en un discreto y humilde segundo plano.

¿Qué nos aporta espiritualmente esta Solemnidad? Para descubrirlo, puede sernos de gran utilidad pensar en un contraejemplo, y no lo hay mejor que Herodías, la cual, por medio de su hija Salomé, hizo que el rey Herodes hiciera decapitar a san Juan Bautista (cf. Mc 6,14-29).

Herodías nos muestra la gran influencia –positiva o negativa– que tiene una madre sobre sus hijos y, por tanto, la gran responsabilidad que recae sobre ella. Toda madre puede transmitir a sus hijos muy buenas costumbres, o, como Herodías, puede hacer todo lo contrario. Los maestros espirituales –y los psicólogos– dicen que es muy difícil recuperar moralmente a las personas que desde pequeños han sufrido el mal ejemplo y educación de su madre.

Sabemos que la influencia de la madre comienza desde la gestación del hijo en su vientre. Si la madre lleva una vida desordenada, el hijo que lleva en sus entrañas lo sufrirá. Incluso hay quienes piensan que también son muy perjudiciales los rencores, las envidias y demás malos pensamientos que la madre pueda guardar en su interior durante la gestación. Porque, no lo olvidemos, su hijo depende totalmente de ella.

Aunque los Evangelios no son muy claros, no sería muy aventurado suponer que la vida de Salomé no fue espiritualmente nada fácil. El hecho de que su madre accediese a casarse con el poderoso hermano de su legítimo marido y que, años más tarde, detestase tanto a san Juan como para hacer que –¡por medio de los «encantos» de Salomé, su propia hija!– lo ejecutasen, nos hace pensar que, cuanto menos, no era una buena persona. Aunque, ciertamente, eso Dios sólo lo sabe y sólo Él debe juzgarla.

En todo caso, Herodías contrasta enormemente con María. Comparemos la escena del nacimiento de Jesús con la del martirio de san Juan Bautista. Meditemos lo que María y Herodías nos transmiten al contemplarlas. ¡María reluce por su inmaculada santidad!

Sabemos que la condición virginal de María no sólo es física: es también espiritual. Dada la importancia que tiene la madre en la gestación, nacimiento y crianza de sus hijos, sólo una madre plenamente virgen puede gestar, dar a luz y criar al Hijo de Dios. Es totalmente lógico. Por eso la Iglesia ha defendido siempre la virginidad de la Madre del Salvador.

¿En qué medida la virginal maternidad de María puede ayudarnos a seguir fielmente a su Hijo? Obviamente, la virginidad física depende de la vocación y forma de vida de cada persona, pero la virginidad espiritual, es decir, la «pureza de corazón», es algo hacia lo que todos debemos caminar interiormente, pues es imprescindible para que Jesús esté en el centro de nuestro corazón, y sea Él, por tanto, el centro de nuestra vida.

Simplemente contemplando a María en la escena del nacimiento, ¿no nos invade un gran deseo de tener un corazón tan virgen y puro como el de Ella? ¡Cómo nos gustaría poder vivir con la paz, la alegría y el amor de María!

Pero pensemos, además, que aquel acontecimiento fue bastante duro, pues, si bien María pudo dar a luz a su Hijo con la inapreciable ayuda de san José, se vio obligada a hacerlo fuera de su casa y lejos de su familia, en un sucio y frío establo. A su Hijo le recostó en el cajón donde comen las bestias, porque no tenía otra cosa. Y, sin embargo, al contemplar dicha escena, sentimos misteriosamente cómo María nos transmite una gran paz, una intensa alegría y un profundo amor. Como les pasa a los pastores, ¡también nosotros quisiéramos dar gloria y alabanza a Dios!

Eso es lo que hacemos en la Octava de Navidad, que concluye en esta Solemnidad en la que celebramos que Dios, por medio de la maternidad virginal de Santa María, tuvo a bien enviarnos a nuestro Salvador.

Siguiendo el ejemplo de María, conservemos todas estas cosas, meditándolas en nuestro corazón...



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Evangelio para niños

Sta. María, Madre de Dios - 1 de enero de 2013



Circuncisión del Niño Jesús

Lucas 2, 16-21

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído: todo como les había dicho. Al cumplirse los ocho días tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Explicación

Unos personajes muy curiosos que aparecen en los relatos del nacimiento de Jesús son los pastores. Cuidan de sus rebaños de ovejas, para que se críen sanas y fuertes. Ellos parecen casi los primeros en tener noticia del nacimiento del niño en Belén, y se fueron a estar con él y su madre. Y vieron que también María cuidaba de Jesús en sus brazos, para que se criara sano y fuerte. Además mirándola pudieron darse cuenta de que ella, meditaba en su interior, con gozo y silencio, todo lo que estaba viviendo como madre de aquel niño que, de mayor, quiso ser, como ellos, pastor.